



Josefa Rodríguez Silvera, conocida por todos como Pepa Aurora, nace en Agüimes en 1946 y se cría en Ingenio. Desde su infancia fue una ávida lectora, cayendo entre sus manos libros de escritores como Galdós o Blasco Ibáñez, sin dejar atrás a los clásicos griegos.

Estudió magisterio, filología e idiomas, siendo su actividad docente completamente vocacional, dedicándose más de tres décadas a sembrar las semillas de la literatura y la poesía entre sus alumnos. Narradora oral, perteneciendo desde 1989 a los narradores orales hispanoamericanos, llevando sus historias y versos a toda España y a muchos otros países, especialmente hispanoamericanos.

Investigó los juegos y cuentos populares, y a través de su literatura ha hecho más fácil el estudio en las escuelas.

Además de numerosos premios, reconocimientos y distinciones, el pasado día 1 de diciembre leyó su discurso de ingreso en la Academia Canaria de la Lengua, como miembro de honor.

Las fotos que ilustran este “regalo” de Pepa Aurora a los lectores del Rincón Literario de NGC pertenecen a la Feria del Autor, organizada en la ciudad de Gáldar por la escritora, poeta, y también docente, Isa Guerra, en 2019.





Cualquier instante, cualquier suceso, puede ser escrito mediante un poema o un cuento, como esta conversada con su vecinita que se encontró al gato el 10 de diciembre último.

NO SÉ SI ES GATA O GATO

Llegó un día, en silencio,

Tiritando...

Bebió leche tibia y comió junto al perro
en armonía.

El sol lo adormeció bajo un olivo.

Desde entonces, el lugar
es el refugio
de su tierno ronroneo.

De noche es aventurero,
enciende el foco de sus ojos
y juega a ser sombra
Atrapada en las esquinas.

Pepa Aurora nos comparte su primer cuento editado, **LOS ÚLTIMOS LAGARTOS** (premio Memorial del Pino 1978- publicado en Madrid en la revista literaria Azor)

Reeditado en 1998 por el Centro de la Cultura Popular Canaria con el título **CUENTOS CANARIOS PARA LOS MÁS JÓVENES.**



Al amanecer las dunas parecen inmóviles, como un pasaje barnizado.

Es un tiempo mágico, repleto de ternura, que las aves marinas provechan para pasear y revolcarse en la brillante arena, pero cuando la suave transparencia comienza a enturbiarse, alzan al vuelo y siguen la estela plateada de las bandadas de peces.

Un día, una joven gaviota que gozaba de las delicias del ensueño, observó que sobre las huellas de trípodes dejadas por sus compañeras había otras más



suaves, casi imperceptibles; como si de un suspiro dejara un caminito de caricias sobre el polvo dorado.

—¿De quién serán esas huellas? Preguntó intrigada. Sus compañeras, ensimismadas en sus cotorreos, no supieron contestarle.

Con las primeras luces del alba, cuando el celaje pinta ramalazos de carmín en el cielo, comenzó a batir las dunas. Seguía sin vacilar las huellas que se entrecruzaban como laberintos interminables.

Arriesgándose, recorría sin parar las vereditas marcadas. Despacito, sin el menor ruido, se deslizaba por la vaguadas para que los bañistas no la descubrieran.

Mientras seguía un nuevo rastro, una súbita ráfaga de viento borró las pequeñas marcas y la envolvió en una malla de arena. Casi a rastras consiguió refugiarse frente a un tímido bejeque.

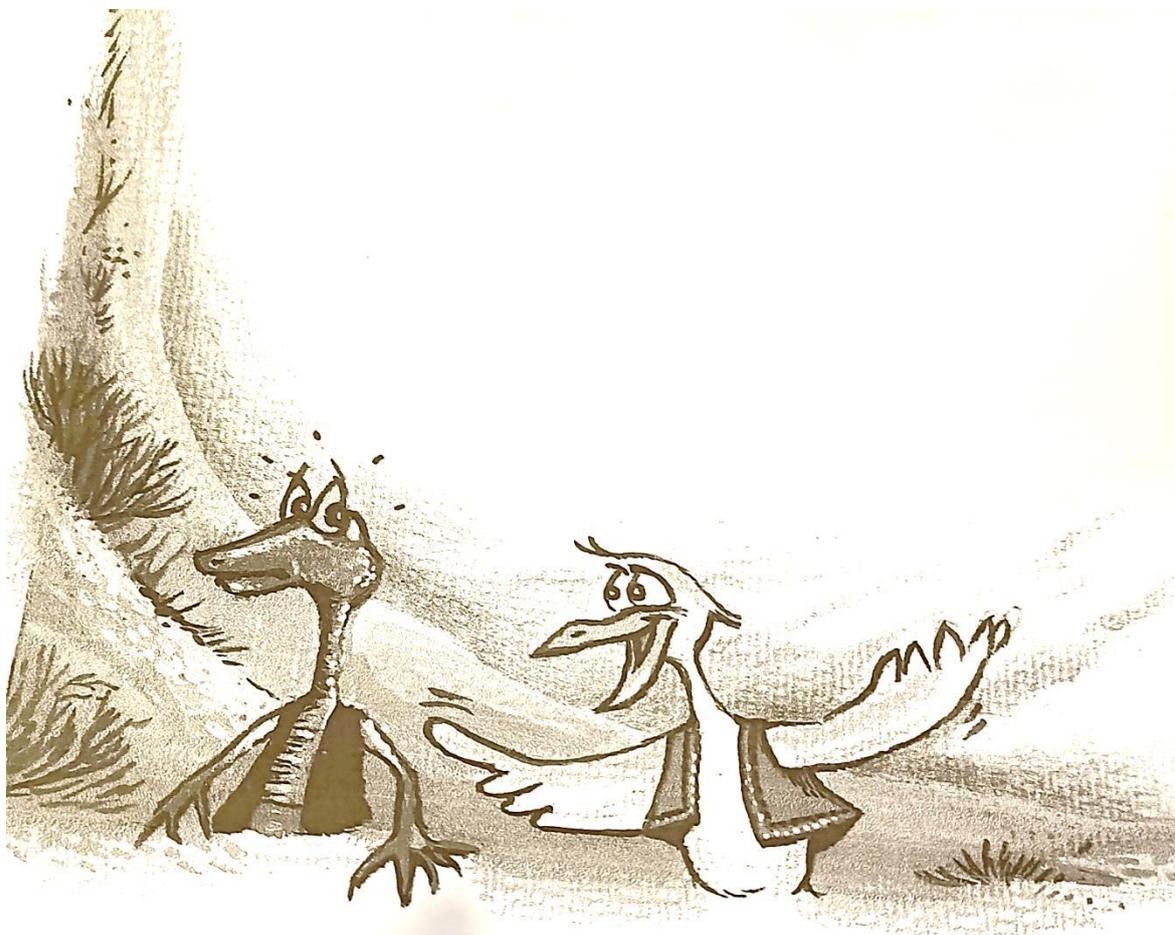
Amainada la ventisca, decenas de cabecitas surgieron de los remolinos de arena y corrieron ligeros sobre las dunas.

La joven gaviota estaba admirada:

- ¡Son lagartos! —exclamó con alborozo. Y muy risueña se dirigió al más cercano:
- ¡Hola! ¿Cómo te llamas?
- Guaico —respondió el animalillo.
- ¿Y qué haces tan lejos de tu casa?

Acomodándose sobre sus patas traseras y ladeando triste su cabecilla, le contestó con un susurro:

- ¡Huir! Antes vivíamos felices bajo las piedras del barranco, pero nuestras madrigueras fueron destruidas.
- ¡Qué penita más grande! ¿Quién cometió tanta maldad?
- Fueron los hombres, que con sus máquinas demolidoras construyeron casitas asustadas; unas pegaditas a las otras, como temerosas de la alegría de la tierra. La sonrisa verde es ahora una mueca de colorines.
- Dime, amigo ¿qué ha sido de tus compañeros?



- ¡La mayoría murieron! Los que conseguimos sobrevivir nos refugiamos en las dunas.
- ¿Y ahora qué piensas hacer?
- ¡No lo sé! Nuestra única esperanza es encontrar un lugar para nosotros y para nuestras crías.
- ¡Lagartillo, no te entristezcas, yo soy tu amiga!
- le animó la gaviota y se dispuso a ayudarle.

A la mañana siguiente una expedición de aladas salió muy temprano para inspeccionar la isla.

- ¡Nosotros iremos al Norte! —le dijo un grupo.
- ¡Nosotros iremos al Sur! —decidieron otras. Y las demás, cubrieron los puntos extremos para completar el reconocimiento.

En poco tiempo recorrieron barrancos, montañas y pueblos y cada grupo volvió con su descorazonador resultado:

- ¿Saben qué les digo? ¡Que la zona que hemos visitado está muy enferma! —comunicó la jefa de una bandada.
- Yo también traigo malas noticias —dijo otra—. Si continúan hacia el Sur pueden morir.
- ¿Qué podemos hacer? —preguntaron los lagartos desolados.
- Creo que lo mejor será subir por el barranco hacia las medianías y las cumbres —aconsejó una gaviota vieja y sabia.

- ¡Sí! Son los únicos lugares todavía vírgenes —
dijo otra.
- ¡Pues no perdamos más tiempo! —animó Guaico
a sus compañeros.

Y escoltados por las gaviotas desandaron el caminito del agua.

Antes de la hora malva, cubrieron la primera etapa.

Las solidarias aulagas se despojaron de sus soleadas vestimentas y prepararon mullidos lechos para sus amigos reptiles que aquella noche, protegidos por sus amigas puonas, durmieron esperanzados.

Al día siguiente, un vaho caliente invadió el barranco. Se acercaba resoplando fuerte el Siroco; el viento loco que borra las islas y las ideas. Al enturbiarse el aire, las pobres gaviotas perdieron el rumbo y los lagartos se quedaron solos.

A mediodía no se oía ningún ruido. Todos parecían dormitar, y hasta el agua se calló, perdiéndose remolona en el camino.



En los días que duró la inesperada visita, el paisaje palideció, los charcos adelgazaron. Y en la penumbra, los tabaibales parecieron incendiarse: se diría que mil cables invisibles se conectaban con sus lagrimales pantallas en un derroche de luminiscencia.

Muchos reptiles buscaron acomodo en la naturaleza virgen de la zona, pero Guaico, más osado, continuó la marcha.

Poco tiempo después, un nuevo viento pasó racheante por la isla. Era el Alisio fuerte y húmedo que asustó a nuestro valiente amigo y en la mañana esponjosa de un chaparrón se descargó de las malhumoradas nubes.

El lagarto, desconcertado, corrió a refugiarse.



Después de la lluvia el barranco tenía un nuevo aspecto. Entre el sembrado de espejo, sobresalían los balos llorosos que adornaban el paisaje como esculturas de olivinas.

El lagarto continuó la marcha saltando de piedra en piedra, eludiendo los charcos; y, cuando estos se hicieron más caudalosos, sufrió por una ladera asolada, siguiendo la línea plateada de higueras desnudas.

Antes de llegar a la cumbre hizo un alto. Ensimismado escuchaba la alegre canción de una alpiska, que protegida bajo una gigantesca hoja de ñamera, cantaba:

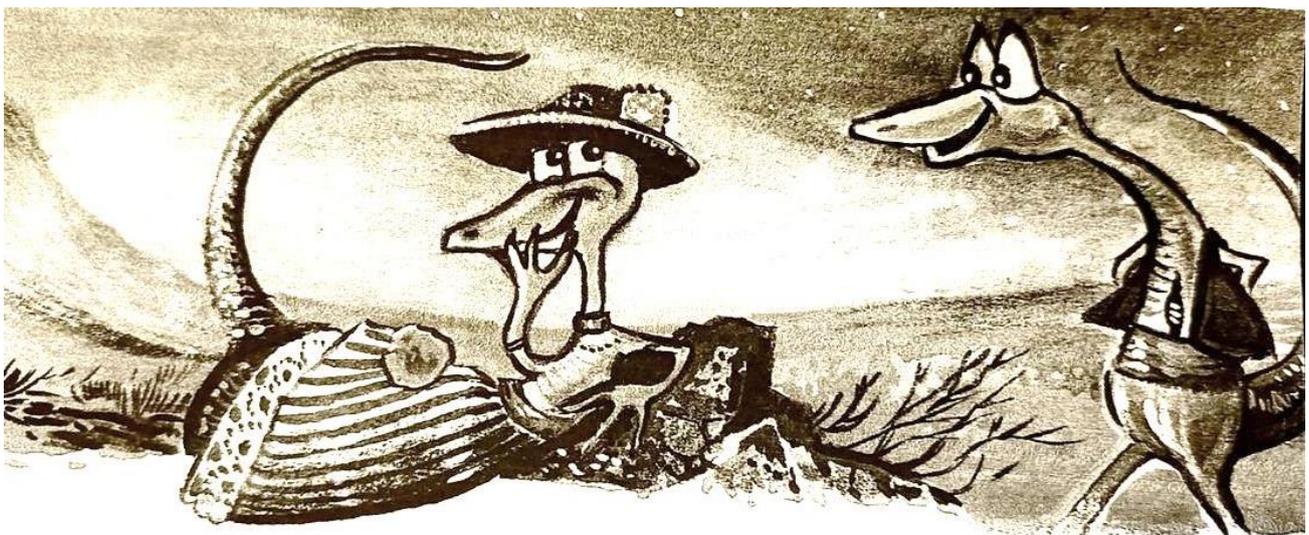
En el invierno
la higuera duerme,
despierta en mayo
verde y risueña.
Rojo geranio,
verde el olivo.
La miel del higo
tienen los trigos.

Frente al reptil, en la tierra predregosa, un madrugador almendro cuajado de nieve rosa, ponía la nota del colorido sobre la amorosa escena.

Guaico estremecido cerró los ojos y su sonrisa curva se hizo festiva.

—“¡No se está tan mal en las alturas!” —parecía pensar el animal—.

“Desde aquí se ve volar a los barcos y las nubes corren presurosas bajo mis pies. Me acostumbraré a dormir un poco más en los inviernos. ¡Tal vez en la próxima primavera vuelva al barranco a buscar una compañera!”.



- Sssssssshhhhhhsssssss...ssssssshhhhhh! —se oyó en la quietud, rompiendo la melodía del silencio.
- ¿Qué será ese sonido? —se preguntó el lagarto sorprendido.

Una linda Guaiquita, que seguramente vivía allí desde hacía mucho tiempo, se movía majestuosamente ante sus ojos. Con su larga cola dibujaba coquetos y malabarísticos movimientos.

—“¡Vaya, vaya!” —casi gritó Guaico, estremecido de alegría. Sus ojos se cubrieron de opaco y susurró... “¡Ya nunca más estaré solo!”

Y arrastrando su pesada cola, siguió la ligeras huellas de la hermosa hembra.

© Pepa Aurora - 1978

Enlaces de interés:

<https://portal.academiacanarialengua.org/archipelago-letras/pepa-aurora-josefa-rodriguez-silvera/>

<https://portal.academiacanarialengua.org/ingresos-acl-pepa-aurora-marcos-hormiga-jose-miguel-perera/>